

Y por último, la más elevada y bella de las poesías, la liturgia, produce en este siglo algunas de sus principales y más populares composiciones; y si santo Tomás le da el *Lauda Sion* y todo el admirable oficio del Sacramento, un discípulo de san Francisco, Tomás de Celano, es quien nos lega el *Dies irae*, grito sublime de terror y espanto, y el B. Jacopone, de la misma Orden, disputa á Inocencio III la gloria de ser autor del *Stabat Mater*, canto el más hermoso inspirado por el más puro y tierno de los dolores.

Y hé aquí que nos encontramos de nuevo con san Francisco, como no puede menos de suceder cuando se bosqueja á grandes rasgos una época que puede resumirse por entero en las dos grandes figuras de Francisco de Asis y san Luis de Francia.

El uno, hombre del pueblo, que en pro del pueblo hizo lo que hasta entonces nadie, elevando la pobreza al rango de dignidad suprema, tomándola por condicion y salvaguardia de una influencia enteramente nueva sobre las cosas del cielo y de la tierra; investido de esa sobrenatural vida del Cristianismo que tantas veces ha conferido la soberanía espiritual á los más humildes

de sus hijos; calificado por sus contemporáneos como el hombre que más de cerca siguiera las pisadas de Cristo; embriagado durante toda su vida en el amor divino; y hecho, por la virtud omnipotente de este mismo amor, orador, poeta, legislador y conquistador.

El otro, seglar, caballero, peregrino, cruzado, rey ceñido con la primera diadema del mundo, valiente hasta la temeridad, tan decidido para exponer la vida como para doblar la cerviz ante Dios; amator de los peligros, de la humildad, de la penitencia; infatigable campeón de la justicia, de los débiles y oprimidos; personificación excelsa de la caballería cristiana en toda su pureza y del trono en toda su grandeza augusta. Ambos devorados por la sed del sacrificio, del martirio; ambos de continuo absorbidos por la salvación del prójimo; ambos señalados con la cruz de Cristo, Francisco en las gloriosas llagas que le son comunes con el Crucificado, Luis en *aquel punto céntrico del corazón do se anida el amor*¹.

Estas dos almas tan idénticas por su na-

¹ Mitten an daz herze, dà diu liebe liget. Walther von der Vogelweide; edit. Lachmann).

turaleza y tendencias, tan bien organizadas para comprenderse y amarse, nunca se encontraron en la tierra. Mas hay una tradicion piadosa segun la cual san Luis fué en peregrinacion á visitar el sepulcro de su glorioso contemporáneo, y encontró allí en el venerable Egidio un digno sucesor de san Francisco, de quien era discípulo. La historia de esta entrevista da una exacta medida del siglo de que hablamos, y merece por tanto que yo la repita aquí. Como san Luis llegara al convento donde habitaba Egidio en Perusa, hizo que le pasaran recado de que un peregrino deseaba verle y hablarle. Mas el religioso tenia al mismo tiempo una vision que le dió á conocer al rey de Francia en el peregrino que le llamaba. Corrió, pues, á su encuentro, y en cuanto se vieron, que era por vez primera en su vida, ambos cayeron de rodillas á un tiempo, y abrazados tiernamente permanecieron así una buena pieza pegados uno á otro los corazones, y confundidos en ósculo de amor y efusion íntima, y sin proferir palabra. Despues de haber continuado largo rato en esta actitud, de rodillas y en el mas profundo silencio, soltáronse mútuamente de los brazos, se levantan y se vuelven, el

fraile á su celda y el Rey á su reino ¹. Pero, como los otros frailes hubieran sabido que aquel peregrino era todo un rey de Francia, fuéronse para Egidio y le reconvinieron en términos muy fuertes: «¿Cómo, le «decian, has estado tan grosero que ni siquiera dijiste una palabra á un rey que «expresamente viene á visitarte?— ¡Ay «amados hermanos! contestó él entonces, «no os admire que ni él ni yo hayamos des- «plegado los labios; desde el punto en que «nos abrazamos, la luz de la divina sabi- «duría me ha revelado todo su corazon, y «á él tambien el mio; y por eso, mirádo- «nos en nuestros corazones, nos conocía- «mos mucho mejor que hablándonos, y con «mucho mayor consuelo que si con pala-

¹ Esce di cella e corre alla porta... insieme con grandissima divozione inginocchiandosi, s'abbracciarono insieme, e bacciaronsi con tanta dimestichezza, siccome per lungo tempo avessono tenuta grande amistade insieme; ma per tutto questo non parlava nè l'uno nè l'altro, ma stavano così abbracciati, con quelli segni d'amore caritativo, in silenzio. E stati che furono per grande spazio nel detto modo senza dirsi parola insieme, si partirono l'uno d'all'altro, e santo Lodovico se n'andò al suo viaggio, e frate Egidio si tornò alla cella. (*Fioretti di san Francesco*, cap. 34; crónica célebre de fines del siglo XIII).

«bras intentáramos expresar nuestros sentimientos; pues tanto es la humana lengua incapaz de expresar los secretos misterios «de Dios ¹.» Admirable y tierno símbolo de esa inteligencia secreta, de esa victoriosa armonía que unía entonces á las almas superiores, á las almas santas, cual eterno y sublime pacto.

Puede tambien decirse que estas dos almas, fundidas en una, se han encontrado en la de una mujer completamente; á saber, en la de santa Isabel, cuyo nombre ha salido ya una porcion de veces de mi pluma en el discurso de este bosquejo del siglo XIII. El ardiente amor de la pobreza que abrasaba al Serafin de Asis; el deleite

¹ O frate Egidio, perche sei tu stato tanto villano?... Carissimi frati, non vi maravigliate de cio, imperocchè nè io a lui, nè egli á me poteva dire parola, perocchè si tosto come noi ci abbracciammo insieme, la luce della divina sapienza rivelò e manifestò a me il cuore suo, et a lui il mio, e così per divina operazione ragguardandoci ne' cuori cio ch'io volea dire a lui, ed egli a me, troppo meglio cognoscemmo, che se noi ci avessimo parlato colla bocca, e con maggiore consolazione che se noi avessimo voluto esplicare con voce quello che noi sentivamo nel cuore, per lo difetto della lingua umana, la quale non puo chiaramente esprimere li misterj segreti di Dio... (*Ibid.*).

de los sufrimientos y humillaciones; el culto supremo de la obediencia se despiertan de improviso y forman como una hoguera en el corazon de una princesa jóven, que desde el fondo de la Alemania reconoce en él su modelo y su padre. Esa inmensa simpatía hácia la Pasion del Salvador, que hacia á san Luis, cuando tenia veinte y cuatro años, salir á piés descalzos al encuentro de la santa corona de espinas, que le impelia á alistarse, y por dos veces, en las banderas de la cruz y buscar en África el cautiverio y la muerte; esa sed de una vida mas perfecta, que originó los debates con la familia y los amigos sobre el empeño de abdicar la corona y entrarse fraile franciscano; ese respeto á la pobreza, que le hacia besar la mano de los que reciban limosna de la suya; esas lágrimas tan abundantes, su dulce familiaridad con Joinville, y hasta su viva ternura conyugal, todo esto reunido se encuentra en la vida de Isabel, hermana suya, no menos por las emociones é íntimas simpatías de su vida, que por sus comunes compromisos bajo la regla de san Francisco.

Ha quedado sentado en nuestros dias como una verdad, que el siglo XIII se hizo

notable por la creciente influencia de la mujer en el mundo social y político; que en él muchas mujeres, como soberanas, empuñaron el timon de vastos Estados ¹, y que de día en día crecían los homenajes que la mujer recibía, así en la vida pública, como en la privada. Esto era un resultado forzoso del culto de la santísima Virgen, cuyos progresos he reseñado mas arriba. Es menester, dice un poeta contemporáneo, considerar en todas las mujeres, que la Madre de Dios ha sido tambien mujer ². En efecto, ¿cómo los reyes y los pueblos pudieran ponerla á cada paso por medianera entre ellos y su Hijo divino, poner bajo su patrocinio todas las obras que emprendían, escogerla por especial objeto de su devoción mas ardiente, sin referir una parte de esta veneración al sexo que la Virgen representaba cerca de Dios, y del cual era el tipo regenerado? Puesto que la mujer era tan poderosa en el cielo, con razon habia

¹ Blanca de Castilla; Isabel de la Marca que dirigia toda la política de Juan-sin-Tierra, su esposo; Juana, condesa de Flandes, que reclamó el derecho de asistir como par de Francia á la consagración de san Luis.

² *Frauentob*, poema del siglo XIII.

de serlo tambien en la tierra. Pero mientras otras princesas aprendían á compartir con los reyes el mando supremo, la hija del rey de Hungría, procedente de raza de Santas y que debia con su ejemplo producir otras muchas, hacia ver que para la mujer existia otra jerarquía régia de las almas, superior á todas las pompas de la tierra; y ejerciéndola es como, sin quererlo ni saberlo, ha conquistado su puesto en la historia.

Su vida, corta y todo como fue, presenta una reunion, sin ejemplo tal vez, de las fases mas diversas, de los rasgos mas amables y juntamente mas austeros que pueda encerrar la vida de una cristiana, de una princesa, y de una santa. Sin embargo, en los veinte años transcurridos desde que tañita la condujeron á su prometido en una cuna de plata, hasta que espiró sobre el camastro del hospital que ella quiso fuera su lecho de muerte, hay en su vida exterior cuando menos, ya que no en su carácter, dos partes bien distintas; la una enteramente caballescica, de todo punto poética, á propósito para encantar la imaginación é inspirar tambien la piedad. Del fondo de la Hungría, tierra semidesconoci-

da, semioriental, frontera de la cristiandad, de misterioso y grandioso aspecto para las imaginaciones de la edad media¹, viene Isabel á la corte de Turingia, la mas brillante y poética de toda la Alemania. Durante la infancia, pasa desapercibida su precoz virtud, y es su piedad despreciada: se trata de devolverla á su padre de una manera afrentosa; pero su prometido le guarda fidelidad inviolable, la consuela de las persecuciones de los malos, y en cuanto llega á ser dueño de sus reinos, se apresura á tomarla por esposa. El santo amor de hermana se mezcla entonces en su pecho con la ardiente ternura de esposa para con aquel cuya infancia ha compartido antes de compartir el lecho, y que rivaliza con ella en piedad y devocion: preside á la union de estos esposos un abandono lleno de encanto, una confianza ingénuo y deliciosa.

¹ La famosa Berta la Buena, esposa de Pepino, madre de Carlomagno, principal heroína del ciclo de las epopeyas carlovingias, era tambien hija del rey de Hungría. Véanse *li Reali di Francia*, y la novela *Berta de los piés grandes*, edic. de M. P. Paris. Floires, el héroe de una de las epopeyas mas populares de la edad media, *Floires et Blanche-fleur*, era heredero del trono de Hungría. (Vid. Mss. de la bibliot. Imper.).

En toda su vida conyugal ofrecen el ejemplo mas tierno y edificante del matrimonio cristiano; pudiéndose afirmar que entre todas las Santas no hay una que presente en el grado que Isabel el tipo de la esposa cristiana. Mas en medio de esta feliz existencia, de los goces de la maternidad, de los homenajes y brillo de una corte caballeresca, ya su alma se lanza hácia la eterna fuente del amor por medio de la mortificación, la humildad y la devocion mas fervorosa; y los gérmenes de esta vida superior, en ella depositados, se desarrollan y desenvuelven en una caridad sin límites, en una infatigable solicitud por todas las miserias de los pobres. Entre tanto el irresistible llamamiento de las Cruzadas, el deber supremo de libertar el sepulcro de Cristo arrastra léjos de ella á su jóven esposo despues de siete años de una tierna union; y aunque él no osa revelarla este proyecto, secreto todavia, ella lo descubre en un momento de expansion y familiaridad íntima. No sabe cómo resignarse con tan acerbo destino; sigue al esposo y le acompaña mucho mas allá de las fronteras de sus Estados; no acierta á arrancarse por fin de aquellos brazos queridos. En la desesperacion

que la despedaza el alma durante esta despedida tan tierna, y cuando vienen á notificarle el prematuro fin del esposo amado, se conoce bien cuánta energía y ternura se albergaba en aquel jóven corazón; preciosa é invencible energía digna de ser empleada en la conquista del cielo; ternura profunda é insaciable que únicamente Dios podía remediar y remunerar.

Por eso, una vez ya consumada la separación acerba, su vida cambia por entero; y en aquella alma entra Dios á ocupar el lugar de todas las cosas. La desgracia se complace en agobiarla: primero la echan brutalmente de su residencia soberana; luego anda errante por las calles con sus pequeños hijos de la mano, muriendo de hambre y de sed, ¡ella que tantos y tantos pobres había alimentado y vestido! ¡la que tantos infortunados había albergado, en ninguna parte encuentra dónde ponerse al abrigo de la intemperie! Y cuando llega el momento de reparar todas estas injurias, no por eso ella se reconcilia con la vida mundana. Viuda á los veinte años de edad, rehúsa la mano de muy poderosos príncipes; una vez rotos los vínculos del amor perecedero, el mundo le causa hastío, pues

se siente herida de un amor divino¹; su corazón, á la manera del sagrado incensario, está cerrado á todo lo que viene de la tierra, y abierto únicamente por la parte que mira al cielo². Contrae con Cristo una segunda unión indisoluble; le busca y le sirve en la persona de los pobres, á quienes reparte todas sus posesiones y tesoros; y cuando ya nada tiene que darles, se da á sí misma á ellos, haciéndose pobre para mejor comprender y aliviar mejor la miseria de los pobres, consagrándoles su vida en los servicios mas repugnantes. El rey de Hungría, su padre, le envía un embajador para que la traiga á su lado, pero en vano; este señor la encuentra hilando y decidida á preferir el reino del cielo á todos los ré-

¹ Haec sancto amore saucia. *Himno del Breviario romano.*

² Li cuers doit estre
Semblans à l'encensier,
Tous clos envers la terre,
Et overs vers le ciel.

Le Seraphin, poema mss. de la bibliot. Imper. número 1862. El autor desconocido de esta obra, parece haberse adelantado en este pasaje á la magnífica expresión que Bossuet empleó cuando, al hablar del corazón de Mad. La Vallière, dijo que *no respiraba ya sino del lado del cielo.*

gios esplendores de su patria. En recompensa de tantas austeridades, de esta su pobreza voluntaria, de este yugo de la obediencia con el cual quebranta su ser entero todos los días, el Esposo divino le concede una alegría y poder sobrenaturales. Ni la mas ligera sombra de tristeza viene á turbarla en medio de las calumnias, privaciones y mortificaciones de toda especie; una mirada, una oracion suya es bastante para curar los males de sus hermanos. Madura ya y sazónada para la eternidad en la flor de su juventud, espira entonando un cántico de triunfo que se oye á los Ángeles repetir en los cielos.

De manera que durante los veinte y cuatro años que duró su existencia, la vemos sucesivamente huérfana, extranjera y perseguida; desposada modesta é interesante por sus gracias y virtudes; esposa sin rival por la confianza y ternura; madre fecunda y sacrificada á sus deberes; soberana poderosa, no tanto por su rango, cuanto por sus beneficios; luego viuda oprimida con crueldad, penitente sin pecados, religiosa austera, verdadera Hermana de la Caridad, esposa fervorosa y favorita de Dios que la glorifica con milagros antes de

llamarla á la gloria eterna; y en todas las alternativas de esta vida, siempre fiel á su carácter fundamental, á esa simplicidad perfecta fruto dulcísimo de la fe, perfume fragantísimo del amor, y por medio de la cual su vida entera se transformó en aquella célica infancia á que Jesús tiene prometido el reino de los cielos.

En la rápida existencia mortal de esta jóven, tal encanto é interés tan grande no cabe atribuirlos en manera alguna ni á la creacion de algun poeta ni á una piedad abultada por la distancia del tiempo; tienen, al contrario, en su favor todo el apoyo y garantías de la historia. La profunda impresion que sobre su siglo hicieron el destino y heróicas virtudes de Isabel, se ha manifestado por medio del tierno cuidado y diligencia escrupulosa con que una generacion tras otra ha recogido y repetido las acciones mas insignificantes de su vida, las palabras mas indiferentes que salieran de su boca, y mil rasgos que iluminan hasta los últimos repliegues de aquella alma tan cándida y tan pura. Así es como á seis siglos de distancia podemos hoy dar cuenta de esta bienaventurada vida con todos los pormenores familiares é íntimos

que pudieran parecer propios únicamente en memorias escritas ayer, y con circunstancias tan poéticas y á la par tan novelescas, que al primer golpe de vista cuesta algun trabajo persuadirse no ser el resultado de una imaginacion exaltada que se ha complacido en embellecer con todos sus atractivos una heroína de novela. Y sin embargo, no hay forma de poner en duda su autenticidad histórica, por cuanto la mayor parte de estos pormenores recogidos al mismo tiempo que las noticias acerca de los milagros de la Santa y comprobados en virtud de solemnes pesquisas luego despues de su muerte, han sido registrados por historiadores graves en las crónicas nacionales y contemporáneas que hacen fe en los demás sucesores de la época ¹. Á los ojos de estos piadosos narradores, cuya pluma se movia al compás de la sociedad en que vivian, esto es, bajo el imperio exclusivo de la fe, una victoria de Cristo tan bella, tanta caridad y solícitud en favor del pobre pueblo, tan ruidosas manifestaciones del poder divino operadas por medio de un ser tan débil y tan jóven, aparecian como

¹ Véase mas adelante la *Indicacion de las fuentes históricas*.

un dulce campo de descanso en medio de las batallas, las guerras y revoluciones políticas.

Y esta vida tan llena de poesía al mismo tiempo que tan edificante, no solo tiene el certificado de la historia, sino que está revestida además de una sancion muy alta; puesto que al recibir la corona de *Santa*, quedó hermoseedada con un brillo ante el cual palidecen los prestigios de la imaginacion y la fama mundana y cuanta popularidad cabe recibir de historiadores y retóricos, y adornada con la corona mas bella que los hombres conocen. Glorificada por el culto del mundo cristiano, le ha cabido en suerte esa popularidad de la plegaria, única eterna, única universal, única que confieren á la vez los sábios y los ricos, los pobres, infelices é ignorantes, única que da la inmensa masa de hombres que no tienen ni tiempo ni criterio para ocuparse en las glorias humanas. Y para la porcion escogida en quienes la imaginacion domina, ¡qué felicidad tan grande no es el sentir que tan gran poesía, tales y tan encantadores rasgos de cuanto mas puro y tierno puede experimentar el corazon humano, todo esto es lícito y plausible recordarlo, ru-

miarlo, glorificarlo, no ya en las páginas de una novela ó en el escenario de un teatro, sino bajo las bóvedas de nuestras iglesias, al pié de los santos altares, en la efusion del alma cristiana á los piés de su Dios!

Quizás yo, extraviado, como á menudo sucede, por la involuntaria parcialidad que uno siente hácia todo lo que constituye el objeto de un estudio y de una afición sostenida por muchos años, me haya exagerado la belleza y la importancia de mi asunto. Bien conozco que, aun dejando aparte la imperfeccion de mi trabajo, muchos han de reparar que este siglo tan remoto de que estoy hablando nada tiene de comun con el nuestro; que esta biografía tan minuciosa y la pintura de costumbres tan anticuadas, ningun resultado provechoso y positivo ofrece á las ideas religiosas de nuestros días: las almas sencillas y piadosas, á las que va dedicado este libro, juzgarán como les parezca. Lo cierto es que su autor se ha hecho á sí mismo una objecion grave. Seducido, al poner mano á su tarea, por el carácter poético y legendario que á primera vista ofrece la vida de Isabel, tropezó, sin echarlo de ver y á medida que avanzaba en su obra, con la dificultad de que se

hallaba metido nada menos que en el estudio de un admirable desarrollo de la fuerza ascética engendrada por la fe, y abrumado con la revelacion de los misterios mas profundos de la iniciacion cristiana: llegó entonces el caso de preguntarse á sí mismo, si tenia derecho de emprender una obra de tal naturaleza, y si el relato de los triunfos sublimes de la Religion no debia reservarse para otras plumas que hicieran honor á esta Religion, ó que cuando menos estuvieran exclusivamente dedicadas á ella. Hubo de reconocer francamente que para esto no tenia mision alguna; y por lo mismo, temblando es como dió cima á una obra que por ningun título parecia estar en armonía con sus cortas fuerzas, con su edad y con su carácter seglar.

Y no obstante todo esto, tras largas vacilaciones se dejó arrastrar por la necesidad de obtener algun resultado de unos estudios prolongados y concienzudos, y el deseo de presentar, no solamente á los amigos de la Religion, sino tambien á los de la verdad histórica, un fiel y completo cuadro de la vida de una Santa de los tiempos antiguos, y de uno de esos seres que resumen en su personalidad todas las creen-

cias y las afecciones mas puras de los siglos cristianos; procurando, en cuanto de mí dependiera, imprimir en mi obra los colores de la época en que vivió mi Heroína, haciendo ver á ésta con todo el esplendor de la acabada hermosura con que ella y los que á ella se parecian se presentaban á los ojos de los pueblos de la edad media.

No se me oculta que para emprender el relato de una vida de esta especie en toda su integridad, hay que acometer de frente todo un órden de hechos é ideas que la indecisa religiosidad de los tiempos modernos reprueba abiertamente, y que una piedad sincera, pero meticulosa, ha descartado con demasiada frecuencia de la historia religiosa: me refiero á los fenómenos sobrenaturales tan frecuentes en la vida de los Santos, consagrados por la fe bajo el nombre de milagros, y calificados por los sábios del mundo con la denominacion de leyendas, supersticiones populares, tradiciones fabulosas. En la historia de Isabel son muy numerosos estos hechos, y yo he procurado reproducirlos con la misma escrupulosa exactitud que dedico á las otras partes restantes de su vida. Ni por sueños se me ofreció siquiera la idea de omitirlos,

de paliarlos cuando menos ó interpretarlos con moderacion astuta: antes bien considerara como un sacrilegio ocultar, para dar gusto á la orgullosa razon de nuestro siglo, lo que yo tengo por cierto y verdadero; y fuera además de parte mia inexactitud culpable omitir unos milagros referidos por los mismos autores y atestiguados con la misma autoridad en que se apoya la relacion de los demás sucesos; no concibiendo, en verdad, á qué regla habia de atenerme para admitir su veracidad en unos puntos y desecharla en otros. Y por último, pecara de hipócrita callando; pues confieso sin rodeos que creo á puño cerrado en todos los milagros mas estupendos que se cuentan de los Santos de Dios en general, y de santa Isabel en particular. Para esto no me ha sido necesario obtener de mi flaca razon la victoria mas pequeña; puesto que no hay á mis ojos cosa mas razonable ni mas sencilla para todo cristiano que el inclinarse reconocido ante la misericordia del Señor cuando la ve suspender ó modificar las leyes naturales, por ella sola establecidas y criadas, á fin de asegurar y glorificar el triunfo de las leyes del órden moral y religioso, mucho mas importantes y elevadas.

¿No es una cosa dulce y bien fácil de concebir el que la bondad de Dios hallase un teatro siempre preparado en unas almas del temple de la de Isabel y de sus contemporáneos, exaltadas por la humildad y la fe á una altura muy superior, é inaccesible á los frios razonamientos de la tierra, purificadas por todo género de sacrificios y virtudes, habituadas á vivir de antemano en el cielo? ¿no es una cosa muy natural el que la fe ardiente y sencilla del pueblo exigiese, y, si cabe decirlo así, justificase la intervencion frecuente y familiar de esa fuerza omnipotente negada, puesto que la rechaza, por el orgullo insensato de nuestros dias?

Por lo cual no he podido menos de estudiar por mucho tiempo con un respeto lleno de amor esas innumerables tradiciones de las generaciones fieles en que la fe y la poesía cristiana, las lecciones mas elevadas de la Religion y las creaciones mas dulces de la fantasía se ven confundidas en union tan íntima que no hay forma de descomponerlas ni segregarlas. De modo que aun cuando no tuviera la dicha de creer con absoluta simplicidad las maravillas que esas tradiciones nos refieren, nunca tendria va-

lor para tratar con desprecio las inocentes creencias que por espacio de tantos siglos fueron el encanto y la emocion de millones de hermanos nuestros; todo cuanto en ellas pudiera encontrarse de pueril si se quiere, se agiganta y santifica á mis ojos con solo considerar que fue objeto de la fe de nuestros padres, de aquellos que estaban mas cerca que nosotros de Cristo; no sintiéndome con aliento para desdeñar lo que ellos con tanto fervor creyeron, y con tanta constancia amaron. Muy léjos de ello, confieso á la faz del mundo que muchas veces he hallado en estas cosas consolacion y socorro, y no soy solo á sentirlo de este modo; pues si por todas partes se ve que son el desprecio y befa de las gentes que se titulan sábias é ilustradas, asilos hay todavía en donde las aman y veneran los pobres y los sencillos. Yo he visto tributarles culto entre los habitantes de la Irlanda, del Tirol, y sobre todo de la Italia, y aun de alguna provincia de Francia; de sus labios las he recogido yo y de las lágrimas que corrian de sus ojos al referirmelas; sí, todavía tienen un altar en el mas bello de los templos, que es el corazon de los pueblos. Me atrevo á decir tambien que en